

che y de la soledad durante las intermitencias de la conversación.

—¡Dios mío!—dijo repentinamente y en voz baja, como si hablase consigo misma.—¡Cuánto me agrada vivir en un país ignorado... en el fondo de algún viejo castillo... en cuyas galerías se oyese silbar el viento!

Luego se levantó, entró en su salón, en el que una de sus damas la ayudó á quitarse el pesado abrigo, recargado de bordados en oro, y fué á sentarse al sitio en que acostumbraba á hacerlo ante la mesa de té.

Como viejo que soy, me he dejado arrastrar por mis recuerdos y he olvidado por completo al cura de Bourron.

Vuelvo á su historia.

Yo había quedado muy reconocido á la bondad con que el Emperador había acogido mi solicitud, y más aún á la delicada atención que me había dispensado al encargarme de entregar personalmente su ofrenda al cura de Bourron, en vez de ordenar que se la remitiesen por la vía oficial.

Se veía en aquel acto el fondo de amable delicadeza que era natural en el Emperador, cuya amabilidad era exquisita.

Había comprendido que tendría un especial placer en ser yo mismo el que llevase á mi protegido la fausta noticia, en monedas contantes y sonantes.

Al día siguiente, en cuanto me levanté, tomé en la plaza del Castillo un viejo cochecillo descubierto, que parecía el coche de un emigrado, y cuyo con-

ductor parecía el emigrado mismo, y me puse en marcha hacia la iglesia de Bourron. La mañana estaba tan deliciosa y tan agradable como sombría había estado la tarde de la víspera. Pronto me encontré en el bosque, admirando los efectos que producía la luz del sol al reflejarse en los salvajes arroyuelos, y respirando con toda la fuerza de mis pulmones el aromático olor de los arbustos, de los abetos y demás plantas aromáticas que crujían ya bajo el sol.

Yo experimentaba, á decir verdad, tanta alegría como un niño que consigue un capricho, al recordar que llevaba el paquete de oro en el bolsillo.

De pronto oí ruido de cascabeles á mi espalda; el viejo cochero que me conducía se volvió en su asiento, detuvo el caballo á un lado del camino y se quitó respetuosamente el sombrero. Yo me volví entonces á mi vez, y pude contemplar un cochecito tirado por dos preciosas jacas enjaezadas con bonitas guarniciones, que avanzaban á todo galope. En el asiento de detrás iban dos lacayos con librea, y en el de delante dos señoras, una de las cuales guiaba el cochecito. Reconocí en seguida á la Emperatriz y á una de sus damas de honor. Me puse en pie en mi modesto carruaje con el sombrero en la mano.

La Emperatriz pasó á nuestro lado como una flecha, me hizo un gracioso saludo y me dirigió alegremente algunas palabras, que no entendí, pero que sin embargo me encantaron. También ella parecía experimentar la influencia de aquella deliciosa mañana y olvidar por un instante su grandeza y sus melancolías.



Mi cohero emprendió de nuevo su pacífica marcha, en tanto que el cochecito desaparecía á lo lejos envuelto en un torbellino de luminoso polvo.

Me parece que fué después de atravesar el valle de los Ciervos cuando descubrí desde lo alto de una cuesta, y en el centro de una inmensa llanura, las campanas de Bourron, rodeadas de huertas y de viñas.

Veinte minutos después llamaba á la puerta del presbiterio, que presentaba el aspecto ordinario de las casitas de pueblo.

Acudió á abrirme una vieja, arrastrando una pierna que tenía paralizada.

—El señor cura—me dijo—ha ido á decir misa á un pueblo vecino, pero no tardará en volver.

Me introdujo, para que le esperase, en una sala baja y cuadrada, que servía á la vez de sala, de comedor y de despacho.

Parecía el interior frío, triste y limpio de un locutorio de convento pobre; sus paredes estaban blanqueadas con cal, y se veían colgados de ellas algunos cuadros representando santos, con marco de madera negra; había en la estancia cuatro sillas y un sillón de paja, cubierto por un almohadón viejo y estropeado.

En el hueco de una ventana se veía la mesa de nogal en que indudablemente había sido escrita la *Vida del padre Vansleb*.

Un jardín, más largo que ancho y muy bien cuidado, constituía el único lujo de aquella vivienda.

Al poco tiempo oí entrar al abate Pougeois y con-

ferenciar en la galería con la vieja sirvienta que le había entregado mi tarjeta. Se precipitó en seguida en la sala en que yo le esperaba, murmurando algunas palabras de bienvenida, sacudiendo con una mano su raída sotana y preguntándome con la vista.

—Señor cura—le dije,—vengo á traeros vuestro manuscrito...

El abate Pougeois palideció y su rostro se contrajo con expresión dolorosa.

—Y además—añadí exhibiendo el famoso rollo,—seiscientos francos para que podáis mandarlo imprimir.

—¡Ah! Señor... señor... ¿Es posible? ¡Ah, Dios mío!... ¡Qué bueno es el Emperador!... Vamos á beber una botella de cerveza á su salud, ¿verdad?... ¡Oh! ¡cuánto os lo agradezco!

Las lágrimas inundaban sus ojos. Se remangaba ya la sotana para bajar á la bodega, cuando le hice observar que yo no tomaba nada entre horas. Noté que lo sentía y que se agitaba, pronunciando nuevas frases de agradecimiento y buscando evidentemente algún otro medio de demostrarme su gratitud.

Le saqué de la dificultad suplicándole que me enseñase su jardín. Paseamos un momento por él, entre los parterres rodeados de boj, las flores de lis y las madreselvas. Yo admiraba principalmente las parras que tapizaban las tapias del jardín y que eran evidentemente la alegría y el orgullo del abate Pougeois.



Estaban á la sazón cargadas de racimos de albillo completamente maduro ya, que hacían recordar los maravillosos racimos de la Tierra de Promisión.

—¿Os gusta el albillo?—me preguntó el pobre cura con curiosidad.

—¡Oh! ¡me gusta mucho!

Su semblante tomó un aspecto malicioso y pensativo.

Luego me acompañó hasta el coche, y, cuando se alejaba éste, me siguió largo tiempo con la vista.

Al anoecer de aquel mismo día recibí un enorme cesto lleno de albillo. Mi deber estaba claramente trazado. La más elemental delicadeza me ordenaba que no aceptase aquel regalo, precio de un servicio esencialmente gratuito, y, sin embargo (aún me pongo encarnado al recordarlo, á pesar de haber trascurrido veinte años), cediendo acaso al temor de ofender á mi buen cura—acaso á la corrupción de aquellos tiempos—ó tal vez á mi sensualidad, acepté el obsequio.

FIN



